

## LA RAZON ÍNTIMA

Jorge Monteleone  
CONICET

Sobre *Razones de la crítica. Sobre literatura, ética y política*, de Alberto Giordano (Buenos Aires, Ed. Colihue, 1999).

En el comienzo del ensayo “Borges y la ética del lector inocente. Sobre los *Nueve ensayos dantescos*” Alberto Giordano evoca aquella extraordinaria intuición de Barthes sobre la verdadera materia de una escritura ensayística: el registro de todas las veces en las que el lector se ve obligado a levantar la vista del texto, para divagar acerca de lo leído. Ese apartar la vista de los caracteres escritos, ese dejar de leer momentáneo funda, paradójicamente, no sólo el instante más pleno de la lectura sino también la posible apertura al deseo de escribir, a una escritura de la lectura, como si la plenitud máxima de aquel texto ocurriera en el vacío extraño que supone suspenderse de él, en él y, al mismo tiempo, suspenderlo. El ensayo, entonces, sería el recuerdo, la evocación de esa suspensión, de ese instante vacío del acto de leer resuelto en una plenitud de sentido. Puedo recordar uno de esos momentos en que alcé la vista de *Razones de la crítica*, ese momento que, juro, no fue vivido para bostezar, sino para sentir una vaga sensación de vértigo, una cierta extrañeza, incluso algo parecido al miedo, toda vez que lo nuevo nos enfrenta ansiosamente a lo desconocido. Trataré de reconstruirlo.

En la página 116 era de noche, una noche de otoño hacia 1999, y yo entonces leía que Giordano razonaba una doble valoración del oxímoron borgeano —por ejemplo, el oxímoron “intolerable beatitud”. Por un lado admitía y luego rechazaba, por insuficiente, la idea de la retórica clásica, que percibe el oxímoron como una forma de la coincidencia de los opuestos; por otro, Giordano retenía del oxímoron su rasgo de inestabilidad semántica, hablaba del “vértigo sutil” que instala en el pensamiento esa figura, la pensaba como un sitio “inhabitable” donde los sentidos “pasan sin establecerse” (p. 117). Esto era una ilustración de una noción más general, que de un modo u otro había sido reiterada, con una convicción argumentativa irrenunciable, en todo el libro, y que articulaba ahora la ética del ensayista en Borges: esa noción era la incertidumbre. La incertidumbre se define a partir de la búsqueda del detalle de la lectura borgeana, aquello que le permite sortear los sentidos alegóricos en favor de una inesperada espesura

móvil de la significación, como si en un ancho bosque una rama cargada de hojas, singular y rugosa y atravesada por un sol único, diera cuenta por sí misma de toda la naturaleza en un instante irrepetible. Así el detalle del texto —inquietante, en un punto indecible y, siempre, gozoso— anima aquello que ocurre en él y asimismo aquello que le ocurre al lector, es decir, la epifanía de lo literario: el devenir-indefinido de cierto sentido que “arrastra simultáneamente al texto y a su lector” (p. 115). La vindicación del ensayo como sismógrafo de esos momentos de conmoción es lo que informa esa ética del lector que Giordano razona en todo el volumen.

El asunto no era nuevo, ni en ese momento del libro ni en la obra anterior de Alberto Giordano. El suyo es uno de los planteos más nítidos y personales de la crítica argentina actual, que no oculta, aun cuando se funda en lo intransitivo de toda singularidad, una intención didáctica, es decir, en un punto comunitaria y transmisible —y no hay nada peyorativo en este término y nada, al menos, cínico. Hablo de la distinción, un verdadero tópico en los trabajos de Giordano, entre una ética de la lectura y las morales de la crítica. Esa distinción es la cuestión más evidente del volumen, debatida, con diversas articulaciones, en todos los ensayos. Su contexto teórico puede ser examinado en un libro anterior: *Roland Barthes. Literatura y poder* (Rosario, Beatriz Viterbo, 1995), especialmente en el capítulo “El punto de vista ético”. Allí Giordano retomaba cierta lectura que Deleuze hace de la “identidad Spinoza-Nietzsche” y que formulaba así: “mientras que la perspectiva moral ‘refiere siempre la existencia a valores trascendentes’, la visión ética, en tanto afirmación del poder o de la potencia de lo que es, se propone como ‘una tipología de los modos inmanentes de existencia’” (p. 24). Giordano sugiere que la potencia de la literatura radicaría en inventar una realidad extraña, esto es, la posibilidad de una realidad otra en el seno de lo real. Así describe, a su modo, el poder de lo imaginario. Esa extrañeza produce una conmoción, una desestabilización, una fascinación que inunda la experiencia de la lectura. Una ética de la lectura, en consecuencia, no renunciaría a esa potencia de invención que inquieta sentidos y valores previstos y establecidos. Lo opuesto sería someter el poder de lo literario a las supersticiones de la moral. Las supersticiones no serían creencias falsas, sino más bien la reducción de la potencia desestabilizadora de lo literario a valores de la moral política, sociológica o histórica. Al modo de un virtual manifiesto, Giordano repite en el primer ensayo del libro las premisas del libro sobre Barthes: las supersticiones morales de la lectura conforman lo literario a una función socialmente útil porque se halla al servicio de una causa justa, o bien a una posición homogénea a la generalidad de los discursos sociales, o bien a que su sentido sea exclusivamente contemporáneo a los valores históricos en curso. Supersticiones que así niegan tres rasgos de la literatura en su dimensión irreductible: poder ser inútil, singular e inactual. Cuando la lectura crítica rehúye el poder inquietante de la literatura, su potencia de acción basada en lo inútil, lo singular y lo inactual, acomodada a las

reducciones morales, esa lectura elude la soberanía de una elección ética. Y en ese punto también evita su carácter verdaderamente político, no como respuesta de una mala conciencia, sino como poder irreductible para interpelar los conflictos de la polis desde la literatura, esto es, desde “la excentricidad de la perspectiva literaria” (p. 101).

Sé que glosó apresuradamente una cuestión compleja, la cual, además, nunca se presenta mecánicamente, ya que la voluntad ética de la lectura de Giordano se reconoce relativa, y hasta epifánica. “Todo trabajo crítico —escribe— se individualiza en un sentido moral. A veces, raras veces, las redes de la moral se debilitan, la individualidad se torna inequívoca, y el crítico se descubre interpelado por una voz desconocida que habla a su singularidad desde la singularidad de la obra” (p. 32). Pero quise apuntar el contexto nocional del concepto de incertidumbre como rasgo de una ética del lector, la incertidumbre que Giordano leía en el oxímoron borgeano citado en la página 117, esa “intolerable beatitud” con la cual colmaba a Dante la mirada de Beatriz, aquella noche en la que levanté la vista. Quiero decir que toda la argumentación sobre la ética de la lectura y las morales de la crítica me habían preparado para comprender esa noción. La había visto examinada, explorada, compulsada, diversificada en las lecturas críticas de Arlt, en las políticas de la literatura de las revistas *Literal* y *Sitio*, en las variaciones de una poética de los efectos literarios. Pero sobre ese fondo, incluso como recortada sobre él, otra cosa ocurrió, oblicua y simultánea, cuando leí esta frase en la página 117: “Para nosotros, lectores del ensayo borgeano, ‘intolerable beatitud’ dice, del modo más intenso que podamos imaginar, la monstruosa y fascinante condición de las personas que, por un capricho del azar, se convirtieron para alguien en objeto de amor: aparecen como íntimamente distantes”. En ese momento fue que levanté la vista.

Entonces, no sé por qué pensé esta pregunta. “¿Quién ha visto a alguien amar?”. Otra vez: “¿Quién ha visto a alguien amar?”. Leí de nuevo la frase, como si fuera una respuesta: hablaba de alguien como objeto del amor —monstruoso, decía, y fascinante— mientras aludía, inventaba, otro oxímoron: íntima distancia. ¿Cómo se relacionaba eso con una ética de la lectura? Una serie indefinida de imágenes que había leído previamente alcanzaban una figura, ciertos vocablos resonaban de pronto, como en una caverna de ecos y allí se dibujó una vaga pero persistente sombra de persona, e incluso de certidumbre ahora, certidumbre en medio del enigma. Una vaga reminiscencia me llevó a leer de nuevo la frase que abría el libro. Era ésta: “No deja de llamarnos la atención con qué frecuencia quienes se interesan por la literatura terminan alejándose de ella. Lo que comienza como un vínculo incierto, más próximo a los extravíos en los que nos precipita una pasión amorosa que al cálculo de intereses que gobierna un contrato de trabajo, termina siendo una relación conveniente” (p. 9). De pronto, se volvía manifiesto que Giordano buscaba la primera comparación de la lectura en la pasión amorosa. Mejor dicho, en “los extravíos en los que nos precipita la

pasión amorosa”. Y en la página 111, la misma comparación se hacía explícita: “esa totalidad verbal se ha convertido en un objeto amoroso”, escribe. Ahora, todo aquello que había leído sobre la ética de la lectura pasaba al crédito del amor e, inversamente, todas las representaciones del amor definían de un modo más acucioso la lectura. Recordé el ensayo sobre las imágenes del amor en la literatura de Arlt y decidí releerlo como una cartografía de los efectos literarios. Comprobé que todos los términos que aludían a las imágenes del amor eran, en mayor o menor medida, los mismos que definían el acto de leer (Barthes ya lo había hecho oblicuamente cuando afirmó: “El texto que usted escribe debe probarme que me desea”).

Una especie bifronte vagaba en todo el libro: el texto literario como objeto amoroso. Su fundamento es la fascinación, su acto originario, la mirada: amor y lectura comparten ambos rasgos. “Una imagen golpea de lleno en la conciencia del enamorado —escribe Giordano— y en la conmoción se funda un vínculo tan intenso como carente de intención” (p. 42). Al hablar de la lectura literaria, suele utilizar términos hermanados: “la fuerza conmocionante de ese goce, la intimidad con lo incierto” (p. 16), “el vínculo apasionado” (p. 23), “la irrupción de una extrañeza fundamental” (p. 68), “las potencias de conmoción y de goce de las que el poema es capaz” (p. 111). La fascinación amorosa como gozo, inquietud o conmoción, como intransitividad, como afirmación absoluta e incluso como amor transformado en rencor, cuando representa “el triunfo desesperado de la moral —el espíritu receloso— sobre el encanto” (p. 46): todo ello repone la dicotomía previa de la ética de la lectura singularizada y de las morales de la crítica.

Y algo más. En un punto, los episodios amorosos elegidos en *El amor brujo* y en la lectura de Borges son el mismo: la novia rompe el compromiso; Beatriz mira un instante y luego se vuelve para siempre a la eterna fuente de luz. La fascinación que ejercía el objeto amoroso radicaba en la mirada que fijaba en el enamorado. Esa imagen de mirada, apunta Giordano, lo sumergen en la perspectiva de lo nuevo: “lo absolutamente posible, lo posible irrealizable” (p. 43). Así, aunque desaparezca la relación, los poderes del amor, que son los poderes de lo imaginario, continúan ejerciéndose. Acaso también éste sea el fundamento de la lectura. Como el enamorado se fascina al ser mirado, el lector es interpelado por el texto en su subjetividad imaginaria. El texto lo mira, lo fascina y él sólo puede mirarlo y buscar en él aquel detalle que lo suma en la extrañeza y en el vértigo. El texto se halla así en aquel punto que había definido antes al objeto amoroso: una distancia íntima o lo “íntimamente distante” de Blanchot. Distancia en la alteridad del lenguaje, intimidad en la confluencia del imaginario entre texto y lector: texto como espejo de un sujeto y a la vez como enajenación y pérdida. Retorna aquella pregunta intempestiva: “¿Quién ha visto a alguien amar?” que, a la vez, se modifica: “¿Quién ha visto a alguien leer?”. De hecho, nadie, toda vez que ambos actos se definen por un intercambio singular e intransferible de miradas. La fascinación sólo puede aludirse, evocarse, sugerirse, buscarse,

rodearse, pero jamás podrá ser vista como tal, porque su fundamento es irreductible. La escritura de ese acto, el deseo de escribir, es la búsqueda irredenta de esa dicha perdida una y otra vez: la dicha intransitiva, extraña, gozosa, inquietante, conmocionante —utilizo los términos favoritos de Giordano— en la cual una mirada amorosa atraviesa a un sujeto enamorado. Escribir crítica es buscar ese momento único, repetirlo para nadie: un acto inútil, singular e inactual. Un acto que dice para siempre “He leído” cada vez que se lo escribe y que busca ceñir la imagen fugaz de una mirada medusea.

Evoco ese momento en el que levanté la vista. En algún momento pude preguntarme: ¿Leo un libro sobre el amor o sobre la crítica? Como en otros libros de Giordano, con la argumentación, en la argumentación, volví a percibir lo que Borges llamaba la “razón íntima” o Bioy “la sombra del autor mezclándose con el tema”. Suelo hallar en los libros de Giordano, en el ejercicio de una razón implacable que se desnuda en su estilo de bella transparencia, cierta densidad afectiva que nunca es evidente ni estentórea: una especie de afirmación velada, una melancólica definición que sobrenada el conjunto y queda como un eco vago en la memoria del lector. Este libro, por ejemplo, evocaba en mí una idea monstruosa —otro vocablo que retorna en Giordano una y otra vez—, es decir, híbrida y antinatural, en el entredicho de lo imaginario y de lo real: la literatura y el amor son incomunicables. La literatura y el amor están hechos con la misma materia que une lo que no puede ser dicho con la fascinación de una mirada que no se detiene en el mundo circundante, aquello que siempre —como la infancia, como los muertos— nadie cesa de buscar.